

CAPITALISMO AGRARIO Y EMPRESA EN CASTILLA LA VIEJA, 1814-1972: LA FAMILIA GUERRA

Javier Moreno Lázaro
Universidad de Valladolid

INTRODUCCIÓN

Es un hecho constatado que el frustrado intento de despegue de Castilla la Vieja y León en el siglo XIX tuvo por artífices a miembros del comercio de Santander, en su mayor parte, originarios de familias asturianas y vascas allí establecidos tras la habilitación de su puerto para el comercio con América. Este colectivo de navieros ejecutó entre 1830 y 1865 el montaje de cerca de dos centenares de harineras, participó en la explotación de las plantas algodonerías vallisoletanas, se involucró en el beneficio de las cuencas carboníferas de la región y promovió la construcción de sus primeras vías férreas.

Sin embargo, poco sabemos de la aportación en este proceso de los empresarios agrarios del interior, más allá de alguna referencia retórica e iconoclasta que ha magnificado, sin constatación empírica alguna, su papel. En este trabajo me ocupo de una de estas sagas que nunca tuvo la menor participación en el comercio marítimo santanderino: la familia Guerra. El estudio de sus negocios permite ejemplificar cabalmente la evolución de las empresas industriales de origen agrario castellanas en el amplísimo período que va desde los inicios de la Revolución Liberal hasta la crisis de 1973 y matizar adecuadamente algunos de los lugares comunes historiográficos más extendidos sobre la burguesía castellana y su propensión inversora.

LOS ORÍGENES. LA RUBIA: EL ORO DE CASTILLA (1816-1844)

El primero de la saga, Antonio Martínez de Soto, era miembro de una modestísima familia de labradores de la localidad abulense de Bernuy de Zapardiel. En torno a fin de la ocupación francesa entró al servicio de su paisano el presbítero de Arrabal del Portillo (Valladolid), Santiago Orozco, como administrador. Entre otras responsabilidades, Martínez de Soto era el encargado de contratar la venta de rubia, raíz empleada en la fabricación de tintes para indiana, con comerciantes catalanes establecidos en la ciudad del Pisuerga.

El desempeño de este trabajo procuró al abulense unos ingresos suficientes como para formar desde 1816 un pequeño rústico que empleó en el cultivo de esta raíz. A su giro se dedicó tras la muerte del clérigo en 1832, actividad que simultaneó con el disfrute del arrendamiento diezmos menudos de ocho localidades de la comarca. Desde esa fecha y hasta 1837 adquirió dos casas en Arrabal y 74 hectáreas de tierras. A comienzos de la década era ya uno de los más potentes mayoristas de rubia de Castilla. Su fortuna alcanzó para socorrer a sus hermanos y a todos sus sobrinos a quienes dio cobijo en su palacete en Arrabal atendido por siete criados.

Pero la desgracia persiguió en el plano personal al empresario. Su mujer, Agustina Bachiller, murió en 1837 sin dejarle descendencia. Decidió entonces Martínez de Soto ceder la administración de sus bienes a su cuñado Francisco Rubio; pero falleció dos años más tarde, también sin dejar herederos. En 1839 Martínez de Soto tomó a su cuidado al mayor de sus sobrinos, Anacleto Guerra, que entonces contaba con 19 años, con el propósito de instruirle en la vida mercantil y convertirle en un su legatario. En 1842 concertó su boda con la hija del mayor propietario de la vecina localidad de Portillo, Pedro Regalado de la Peña, de nombre Martina, muerta de parto un año más tarde.

Enfermó y abatido por tanta desgracia (su hermano Manuel falleció en 1843) Pedro Martínez de Soto decidió en 1845 ceder todos sus bienes a Anacleto. Con anterioridad, buscó una nueva esposa para su sobrino: Severina Sanz, hija de un comerciante tejidos y de rubia de Cuéllar (Segovia). Martínez de Soto llevó hasta su muerte en 1850 una vida asceta retirado en su caserón entregado las obras de caridad.

Fuente: AHPV, secciones “Emeterio Guerra”, *pássim*, “Protocolos” (notarios de Arrabal del Portillo) y elaboración propia.

EL NUEVO FILÓN: LA HARINA (1845-1879)

En julio de 1845 Anacleto tomó posesión de la hacienda de su tío y nombró nuevos administradores. Su primera decisión consistió en ampliar considerablemente el patrimonio rústico a su cargo (gráfico 1), para lo cual empleó la herencia de su suegra. Sólo en 1849 adquirió 30 hectáreas y dispuso de otras 14 por impago de deudas. Ya en 1850 resolvió dedicarse también a la transformación de rubia. Para ello, encargó al maquinista francés A. Miallé la instalación de un molino en las proximidades de Arrabal.

La inversión se reveló muy desafortunada en el corto plazo. A comienzos de la década de los cincuenta, las extracciones de rubia castellana con destino a Londres, Marsella y Barcelona remitieron considerablemente, desplazada la grancina por otros productos químicos en el tintado de tejidos. A juzgar por la intensidad de la caída de la inversión familiar (gráfico 1), tal contingencia debió de dañar seriamente a los negocios de Guerra.

Después de este traspies, Anacleto Guerra tuvo que reorientar sus negocios hacia la fabricación de harinas, cuyas exportaciones en los años evolucionaron en los años de la Guerra de Crimea en sentido contrario a los de rubia. En 1856 formó con sus cuñados la sociedad *Guerra, Matesaz y cía* para explotar una harinera de nueva planta en Cuéllar en cuyo montaje desembolsaron 400.000 Rvn. Guerra atendió también en solitario una segunda factoría en Arrabal de dimensiones más modestas.

Anacleto Guerra fue un harinero atípico. No participó en la creación de las entidades financieras vallisoletanas ni aventuró sus ahorros en inversiones ferroviarias. A diferencia de sus colegas, nunca cayó en la tentación de explotar su propia empresa naviera. Ni siquiera residió más allá de unas semanas en Valladolid o Santander. Guerra empleó los beneficios que le proporcionó la venta de harinas en la explotación del teatro de la Comedias de Valladolid. Desde 1860, residió la mayor parte del año en Madrid asistiendo a estrenos y contratando representaciones para su local.

Al menos el gusto de Anacleto por el mundo de la farándula sirvió para evitar su ruina en la crisis de la segunda mitad de los sesenta, en tanto que ni comprometió sus recursos en las aventuras empresariales aparentemente más serias que llevaron a la quiebra a sus colegas. No obstante, los Guerra no pudieron sustraerse de los efectos de la caída de las ventas de harinas ocasionadas por la reducción del arancel cubano de importación, como revela, una vez más, el descenso de la inversión (cuadro).

Desde comienzo de la década de los setenta, el mayor de sus hijos varones, Emeterio, dotado de mayor juicio mercantil que su padre, se hizo cargo de la administración de la empresa. Emeterio casó con Magdalena Zaera, hija del mayor propietario y fabricante de harinas de Medina del Campo.

LA CRISIS FINISECULAR Y EL RELEVO GENERACIONAL (1880-1896)

La firma del tratado comercial con Estados Unidos supuso para la empresa de los Guerra, como para el resto de las firmas harineras castellanas, un descenso de las extracciones con destino a América, justamente cuando ya se hacía sentir la competencia

en el mercado interno de las modernas factorías catalanas que trituraban grano extranjero. Pero lo que realmente inquietaba a Anacleto era la explotación de su teatro, cada vez más onerosa. Las facturas que enviaba a Madrid a su administrador en Arrabal por comidas con afamadas actrices y estancias en lujosos hoteles, gastos imprescindibles para aplacar a su rival en Valladolid, el teatro Zorilla, incluían cifras escandalosas.

Por fin en enero 1883 Anacleto resolvió emplear todo su esfuerzo en el negocio del espectáculo y ceder el beneficio de las harineras a Emeterio, quien entonces contaba con 31 años. También le correspondió las fincas en Arrabal y su entorno, que junto con las ubicadas en las cercanías de Fuentesauco (Zamora) y Cuéllar, correspondientes al legado materno y las heredadas por su esposa y Medina, todas ellas explotadas por medio centenar de colonos, que sumaban en 1885 unos ingresos próximos a los 30.000 pesetas.

Emeterio se hizo cargo de la fábrica en una situación muy delicada. A causa de su lejanía al ferrocarril y a su tosco utillaje (no había sufrido reforma alguna en 30 años) los productos de la factoría fueron en 1884 entre un 5 y un 8% más caros que la media regional. El nuevo titular tuvo que instalar una máquina de vapor, inversión que sirvió de bien poco. Tampoco las cosas marcharon bien en la administración de sus predios. La renta anual percibida entre 1880 y 1886 por la cesión en renta de las tierras de su mujer cayó en un 3% en términos nominales con respecto a la recaudada entre 1874 y 1879. Las fincas en Arrabal eran todavía más ruinosas: sólo en un año, el de 1889, los ingresos que proporcionaban disminuyeron en un 46%.

Emeterio no pudo tomar decisiones de envergadura que aliviasen la situación hasta la muerte de su padre en 1888. Sólo entonces buscó auxilio fuera de la familia y formó sociedad mercantil con el comerciante valisoletano Tomás Soldevilla para explotar la harinera de Arrabal, con un capital de 70.000 pesetas. Transcurridos cuatro años, se desprendió del teatro, una auténtica gangrena para su empresa. La nueva compañía sobrevivió a duras penas casi diez años. En septiembre de 1897, tras varios ejercicios con pérdidas continuas que habían reducido a la mitad su capital, ambos socios decidieron disolverla.

LA LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA, 1898-1913

Fracasada la alternativa de la agrupación de capitales, Emeterio Guerra encaró la coyuntura que siguió a la pérdida de las colonias, de nuevo, como empresario individual. Él asumió todos los riesgos de unas resoluciones que no difieren en lo sustancial del resto de los propietarios-industriales de la región.

Guerra decidió explotar directamente parte de sus predios dedicados a la producción de trigo, en lugar de cederlos a arrendatarios, con el fin de reducir los costes de transacción y contener la merma de sus beneficios en la fabricación de harinas. Al tiempo, coincidiendo con la implantación de la *Unión Resinera Española* comenzó a explotar los pinares de que era dueño en Cuéllar.

En lo que se refiere a sus negocios harineros, Guerra trató de mejorar la competitividad de harinera mediante la introducción del sistema de molturación austrohúngaro en su factoría de Arrabal en abril de 1898. Ya en 1913 edificó una segunda planta en Valladolid, conocida como “La Magdalena”, situada junto a la estación del

ferrocarril. Con el montaje de esta harinera, entonces y durante décadas la mayor de la región, pretendía ganar cuota de mercado, única alternativa para mantener los ingresos de explotación, ante la magnitud del descenso de los precios y del volumen de facturación.

Al tiempo, empleó la estrategia de la integración vertical para asegurar unas ventas mínimas. A tal efecto, entro en el accionariado de la *Compañía Vallisoletana de Panificación*.

Finalmente, desde 1911 adquirió tres antiguos molinos en Tudela, Tordesillas y Valdestillas, localidades todas ellas de la provincia de Valladolid, que convirtió en pequeñas centrales hidroeléctricas encargadas en suministrar fluido a las pueblos próximos y a sus propias harineras.

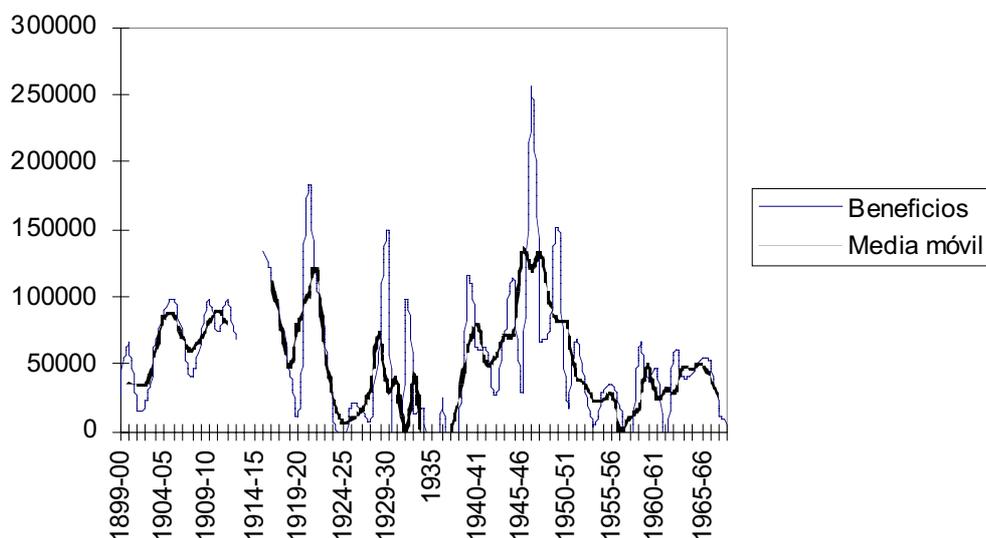
Guerra obtuvo resultados muy favorables en el corto plazo de unas inversiones que pudo costear mediante el concierto de préstamos hipotecarios con banqueros de Madrid. Su empresa obtuvo excelentes resultados desde el comienzo del nuevo siglo hasta el estallido de la I Guerra Mundial, salvo en el ejercicio de 1904-05, a causa de la liberalización de la importación de trigos y de harinas dispuesta por el Gobierno para paliar la crisis de subsistencias que afligía al país (gráfico 2).

Todos estos recursos fueron dedicados a la ampliación de su patrimonio rústico. Guerra adquirió sobre todo montes de pinares para ensanchar su producción de resina. Sin embargo, no sucumbió Guerra a la tentación de participar en otras iniciativas industriales y financieras. No se le conocen inversiones ajenas a la harina, la electricidad y la resina.

LOS AÑOS DE BONANZA E INFORTUNIO, 1914-1935

Guerra pudo, con sus dos factorías, obtener mayor provecho de las distorsiones ocasionadas por la Guerra Mundial, que el resto de los harineros de la región. Sus beneficios fueron incluso mayores en los años de la inmediata postguerra, debido a la favorable política de precios instrumentada por el Gobierno que le llevó a adquirir una tercera factoría, también ubicada en Valladolid, a la familia Semprún.

**Gráfico 2. BENEFICIOS DE LA EMPRESA
E. GUERRA, Valladolid, 1900-1969
(en pesetas constantes de 1901)**



Fuente: AHPV, sección “E. Guerra”, libros de Balances y elaboración propia.

Pero la situación mudó tras la contención de los precios del pan dispuesta por el Gobierno de Primo de Ribera en 1923 y el inicio de una crisis de sobreproducción en el sector que habría de prolongarse hasta julio de 1936 (gráfico 2). Tal coyuntura afectó, con todo, algo menos a Guerra que a otros harineros de la región, ya que tuvo la oportunidad de firmar con el Ejército un contrato de arriendo de su fábrica “La Magdalena”, convertida ahora en factoría militar, a cambio de una suculenta suma. No obstante, su fortuna se redujo sensiblemente a lo largo de la segunda mitad. En abril de 1936 las cuentas practicadas tras las cuentas de su mujer arrojaron un saldo patrimonial de poco más de dos millones de pesetas.

EL FINAL DIFERIDO (1936-1972)

El estallido de la Guerra Civil dio un último respiro a una empresa casi desahuciada. Guerra suministró grandes partidas de harinas a las tropas “nacionales” en virtud de la vieja relación de su factoría “La Magdalena” con el ejército.

Ya en el ocaso de su carrera mercantil, Emeterio Guerra consintió la conversión de su vieja empresa familiar en una sociedad anónima. La nueva compañía obtuvo

beneficios muy elevados en la inmediata posguerra, a pesar de las oscilaciones de la producción, debido a la evolución favorable de los precios relativos de la harina. Guerra, por otra parte, tuvo menos dificultades en la disposición de energía y de materia prima que, en uno y otro caso, obtenía él mismo. Incluso en esta ocasión se decidió a crear en 1941, llevado por el fervor autárquico y junto con un grupo de empresarios catalanes, una nueva empresa, *Féculas y Glutinados, S.A.*, dedicada a la fabricación de derivados de la patata. También extendió sus negocios al transporte por carretera.

Emeterio Guerra falleció en 1947 a los 97 años de edad. Sus herederos se hicieron cargo de la empresa justamente cuando los precios de la harina comenzaron a declinar. La sociedad resistió con más firmeza que el resto de las firmas vallisoletanas los efectos de la caída del consumo de pan y la intensificación de la competencia. Pero en 1972 fue disuelta.